

SEMBLANZA

Doctora Juana Cortelezzi

CLARA E. GROSSO

La doctora Juana Cortelezzi nació en la ciudad de La Plata, donde también cursó sus estudios universitarios. Primeramente alcanzó el título de profesora de Ciencias Naturales y Química en la Facultad de Hu-



Doctora Juana Cortelezzi

manidades y en el año 1909 el de Farmacéutica en la Facultad de Química. Y en 1937 obtuvo el título de doctora en Química.

Comenzó su carrera docente en 1908. Profesora de Ciencias Naturales en el entonces Liceo de Señoritas. Desde 1920 hasta 1933 docente de Práctica Pedagógica de Mineralogía y Pedagogía en la Facultad de Humanidades. En 1936 jefe de Trabajos Prácticos de la Facultad de Ciencias Natu-

rales de la Universidad de Buenos Aires, actividad que ya había cumplido entre 1927 y 1929 en el Instituto de Investigaciones Químicas de la Universidad Nacional de La Plata, donde fue luego asistente. Desde 1929 hasta 1933 fue jefe de Trabajos Prácticos de la cátedra de Mineralogía y Geología del Museo de La Plata y en 1934 titular de dicha cátedra hasta 1939. Entre 1934 y 1939 ejerció la dirección del Colegio Secundario de Señoritas.

La doctora Cortelezzi efectuó trabajos cristalográficos en el Mineralogisch Petrografisches Institut de la Universidad de Heidelberg y publicó trabajos científicos en el Centralblatt für Mineralogic, en el Bulletin de la Société Chimique de France, Anales de la Asociación Química Argentina, Revista de la Facultad de Química y Farmacia, y otras publicaciones.

La Universidad Nacional de La Plata la designó su representante para asistir al 550 aniversario de la fundación de la Universidad de Heidelberg en el año 1936, y en el mismo año asistió a un congreso sobre Educación Estética en Hamburgo, Concurrió asimismo como invitada especial a los Juegos Olímpicos realizados en Berlín. En 1939 profundizó estudios pedagógicos en universidades de Estados Unidos. Y en 1944 integró la expedición al Aconcagua dirigida por el andinista P. Linck y el profesor Walther Schiller, llegando hasta Plaza de Mulas.

Fallecida a los 86 años, dedicó a la lectura el ocaso de su ejemplar existencia.

...Y algo de su paso por el Liceo

La adolescente que se quedó escondida en el recuerdo, mirando los grises de una mañana de invierno por esa vieja ventana del Colegio Secundario de Señoritas, es sacudida por una voz. Se vuelve para perderse en un celeste que oculta la sonrisa cálida bajo una seda fría: son los ojos de la doctora Juana Cortelezzi. Es la voz serenamente severa, resuelta, que dibuja en el silencio la palabra, "disciplina". La adolescente no tiembla, pero tampoco puede rebelarse. Esa voz no hiere ni esos ojos retan; solamente guían.

Los ojos y la voz. ¿Cómo no detectar en ellos el dinamismo, la vital curiosidad? Mientras miraba a la alumna miraba más allá, mucho más allá de ella. En su mirada el paisaje se ampliaba y un titilar cósmico permitía adivinar que su pensamiento saltaba de una cumbre a otra, de una imagen a un propósito. Nadie habría imaginado que en esa mirada podría incrustarse alguna verdad frustrante. Unida a su voz, era la verdad protectora, techo para quien desfallece en la niebla de la engañosa ignorancia. Y su voz no asombraba, calmaba el aire, apaciguaba, llevaba suavemente al tema, lograba despertar el tranquilo interés por lo que exponía. En su voz hacían nido las mentes ávidas. Sí, el tono de su voz aterciopelaba la sabiduría. Y en esos mismos días esa voz dictaba cátedras en Humanidades, en el Museo, y esos ojos leían, y esa mente privilegiada iba estructurando sus trabajos científicos.

La doctora sabía edificar y los cimientos eran cuidadosamente fortalecidos para soportar un alto futuro. Su paso apresurado iba rejuveneciendo los antiguos corredores del Colegio y sus gestos apurados daban claridad a las gastadas puertas y movimiento de llamas a las altas, frías aulas.

A su paso todo se renovaba. Sus manos ligeras empujaron a las niñas hacia la pureza de la gimnasia, del deporte, hasta entonces bastante marginados. A los pocos días de su presencia se sentía correr por todo el Colegio un impulso, como si el viento pampero se hubiera atrevido a pasar sobre los libros, los gabinetes de Química, el implantado consultorio médico, los pupitres, los jardines, para llevarse lo inútil, lo gastado, lo débil, para traer toda una fiesta de gracioso movimiento y una vertiente de luz.

En aquellas clases de Mineralogía, la alumna poeta veía sin duda trozos de estrellas entre esos dedos acostumbrados a dominar pequeñas montañas multicolores. Pero el más grande trozo de estrella vibraba en el interior de esa mujer superior, recinto de un indeclinable ideal que la transformaba en el más abnegado soldado y en el visionario general. Decidía, ordenaba, pero trabajaba sin descanso. Superación era su lema. Ella se construía, pero en su constante crearse no aspiraba a mirar a los seres desde lo alto; anhelaba que su fuerza arrancara a los demás de su arraigada quietud y los elevara junto a ella. Y esa generosidad pertenece a muy pocos elegidos, como también a muy pocos el laborioso silencio, la humildad del que tiene siempre presente la inmensidad de lo que no se sabe, de lo que falta por conocer. En la dirección fue acción permanente, segura; en sus convicciones, incommovible; en la amistad, ejemplar; en la renuncia, majestuosa.

Su orgullo era legítimo. sin el menor vestigio de vanidad. El orgullo de los grandes suele ser invisible para el común de los hombres. Acostumbrada a su grandeza, no la exhibía. Pero ¿cómo no enorgullecerse de, tan sólo, el primer paso? Era ya prueba de un gran carácter elegir una carrera universitaria en épocas en que el destino de la mujer no osaba ir mucho más allá de las puertas del hogar. Y luego persistir, que es lo más difícil. Y luego dedicar su hermosa

DOCTORA JUANA CORTELEZZI

vida, su juventud, al saber y al volver a saber. Si los que la vieron trabajar en el Museo la hubieran dibujado, nos quedaría un cuadro misterioso, grave. La mujer sabia erguida en ese ámbito donde nuestro aún desconocido planeta se muestra y se esconde, sonríe y llora, se ufana de ser bello y a la vez muestra sin pudor sus despojos. Verla allí, inclinada sobre sus libros y corrigiendo un manuscrito con energía, reveladora de su decisión de no dejar las cosas como están. Y qué dirían los que la vieron iniciar sus viajes con su clara mirada hacia el mañana, y allá en Europa frecuentar a los intelectuales y a las más altas autoridades, con la sencilla firmeza del ser superior. Sí, tiene que haberse mirado con orgullo, con un orgullo de aguas transparentes sobre rocas blancas.

En el Colegio Secundario surgió otra de sus más notables inquietudes: implantar seriamente la cultura física. Elevar a la juventud en cuerpo y espíritu, no solamente instruirlos. Los consejos eran breves pero luminosos. Cuando irrumpía en el patio de deportes, el alma de aquella Grecia parecía envolverla. Miraba desfilar a las niñas con un mudo aplauso y una expresión de triunfo. Veía realizarse un poco de su inmensa ambición: nutrir a la juventud de aire puro, de pensamiento puro. Embellecer los cuerpos en la salud y el sol hasta que lo hermoso se derramara en el alma. Sin duda su visita a Alemania, su gozosa presencia en los Juegos Olímpicos, acrecentaron su entusiasmo por esta materia, tan esencial para la adolescencia. Sin duda ella absorbía la luz de todo lugar al que llegara, como también sin duda dejaba en cada lugar un ramo de su saber y una imborrable imagen de su personalidad. Dotó al Colegio de un moderno equipo de gimnasia, aligeró la vestimenta que dificultaba el accionar, fomentó el deporte y derramó la gracia en los cuerpos con la noble aspiración de embellecer la vida humana en todos sus aspectos. Y era solamente allí donde podía vislumbrarse su orgullo. Contem-

plando a sus alumnas en las clases de gimnasia con su moderno equipo, debió sentirse elevada a una altura donde las nieves y las nubes blancas colmaban de aplausos el más fresco sendero de su vida. Es sin duda allí donde se sintió muy lejos de todas las flaquezas humanas. También allí debiera haberse inspirado un noble artista que trasladara a la tela la expresión de esa rubia mujer bajo todo el sol brindando, en la contemplación de su obra, la fortaleza encendida de su alma. Porque era tan fuerte y única en el silencioso Museo como en la algarabía de las clases de cultura física. Siempre la mirada cálida bajo la seda fría del saber. Siempre.

Pero ¿cuánto de ella quedó al margen de la evocación? ¿Cómo no recordar también vívidamente otra de sus características, sentida desde lejos, desde el último banco y desde la menos sensible de las alumnas? Su alegría. Ella estaba ciertamente contenta cuando iniciaba sus clases. Hasta el ritmo de sus pasos estaba contento. Es posible que tanta actividad fuera desalojando cotidianamente a las intrusas tristezas. Pero también es posible que se tratara de esa alegría que sólo puede nacer de una conducta acorde con los principios, de las ideas claras, de los sentimientos puros, de la sinceridad. Y también es posible que su inteligencia y su valentía extrajeran la tristeza de las profundidades para exponerla a la luz de un examen y una explicación hasta convencerla de su inútil roer. Lo cierto es que su alegría era suave y joven, y embellecía el ambiente como un aroma o un exquisito adorno, de esos que dan color y calor. Y finalmente, ¿cómo no sentir esa entera alegría ante un ir siguiendo hasta el fin su vocación bien definida, ante cada trabajo cumplido con dedicación plena, ante cada exigirse y lograrse? Una aureola era su alegría. Porque tenía raíces muy hondas y bien nutridas. Y no olvidemos que la gran alegría transmisible la siente el justo, pero mucho más el bueno.

Es seguro que quienes la trataron íntimamente se pregunten por qué es omitido aquí lo mejor de ella. Es de esperar entonces un perdón para quien no tuvo la suerte de una mayor cercanía y sólo pudo contemplar largamente el hermoso paisaje, ahondando en sus expresiones, admirando sus actitudes, comprobando sus realizaciones. Y también conviene pensar que, contra lo que comúnmente se cree, lo mejor de nosotros mismos suele ser desconocido pa-

ra quienes nos rodean y hasta para nuestros propios ojos.

La adolescente que se quedó escondida en el recuerdo, todavía escucha la inconfundible voz. Si todos los que fueron sus alumnos la escucharan, también veríamos deslizarse los recuerdos formando una cinta ondulante de aves que se van alejando hacia arriba como el sueño más bello del hombre.